

NOTAS EDITORIALES

UNA VICTORIA DE COLOMBIA

Dos acontecimientos ocurridos durante el primer semestre del año en curso, han despertado en el continente americano un movimiento de simpatía y admiración para con nuestra patria. Se trata de los debates electorales del dieciocho de marzo y del seis de mayo, durante los cuales el pueblo de Colombia expresó libremente su soberana voluntad.

En la primera fecha se acercaron a las urnas tres millones de ciudadanos y en la segunda fueron consignados más de dos millones y medio de sufragios.

La circunstancia de que los comicios se hubiesen desarrollado en ambiente de absoluta tranquilidad, mediando entre una y otra elección apenas unos días, sin que por esto disminuyera el fervor de las masas o aminorara el celo de las autoridades, son índices de madurez política y demostración irrefutable de que existe claro concepto de la responsabilidad histórica.

No es nuestro deseo analizar los hechos desde el punto netamente político, entendiendo por tal el respaldo que los ciudadanos dieran a este o a aquel partido, a tal o cual fracción de la opinión. Nuestra mirada abarca todo el panorama nacional, con su agitada lucha preelectoral y su feliz culminación.

Confirmada la bondad de nuestros sistemas por estas demostraciones de civismo, resulta asegurada

la supervivencia de nuestras estructuras democráticas.

“La palabra “democracia”, dice el catedrático argentino Doctor José Manuel Saravia, ha sido utilizada con tanta frecuencia para aludir a concepciones y realidades diferentes que, en nuestro tiempo, sirve a la manera de un rótulo vistoso susceptible de ser despegado y de adherirse a recipientes de diverso contenido. Entendida en su verdadero sentido, la democracia implica la conciliación profunda entre el universo de la persona y el de la sociedad y marca así el camino para salvar a la humanidad tanto del individualismo anárquico como del colectivismo del hombre masa. El criterio para distinguir la democracia de lo que no lo es, resulta, sin embargo, muy simple. Si hemos de formularlo negativamente, podemos decir que no es democrático ningún sistema que, sean cuales fuesen sus problemas o reconocimientos verbales, omita asignar al hombre la jerarquía primordial que le corresponde o desconozca la dignidad suprema de la persona individual o restrinja indebidamente la libertad”.

Si analizamos los debates electorales a la luz de estos conceptos, encontramos que hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, sin limitaciones, salvo las establecidas por la ley, ejercieron el máximo derecho ciudadano dentro de la más absoluta libertad, respetados en su fuero interno y respaldados en sus determinaciones por las Fuerzas Militares, a pesar de que la mística de partido es más intensa que la mística religiosa y en los trópicos “llega a extremos de un agresivo y ciego fanatismo”.

Estos resultados son consecuencia lógica de un sistema de vida que “acepta al hombre como persona, con sentido profundo y no superficial, sujeto activo en las relaciones sociales, con origen divino y destino ultraterreno, fin y no medio de cualquier organización”.

Una nación que con intervalo de diez semanas repite ejemplarmente la embarazosa tarea de acudir a las urnas, teniendo que recorrer en la mayoría de los casos largos caminos y soportar difíciles jornadas, dando una y otra vez muestra de cordura y patriotismo, está en condiciones de sobreponerse a las dificultades del momento, a las feroces acometidas de la violencia, a la subversión en cualquiera de sus manifestaciones y a los mayores obstáculos, para dedicar todas sus energías al mejoramiento moral y material en un futuro susceptible de perfeccionamiento.

Si como colombianos nos regocijamos por la nutrida participación de hombres y mujeres en actos de tanta trascendencia para la vida de la república, como militares nos llenamos de legítimo orgullo, porque somos entraña misma de este pueblo que acaba de dar muestras de sus excelsas cualidades.

Nada de lo que ocurra en el país deja de tener relación con los objetivos asignados a las Fuerzas Militares, mucho menos cuando se trata de acontecimientos que, como la elección de Presidente o la renovación de las Cámaras definen por largos años la suerte de la patria. No fuimos indiferentes en ningún momento a la pacífica realización de las dos elecciones. De todos los compatriotas es suficientemente conocida la árdua labor desarrollada por las Fuerzas Militares y de Policía en ciudades, pueblos y caseríos distantes. La opinión pública lo reconoció con oportunidad y la prensa, los superiores jerárquicos y el Gobierno, premiaron con elogiosos conceptos la tarea realizada.

“Disciplina ejemplar, elevado sentido de la responsabilidad profesional y espíritu de colaboración unieron en el presente evento plebiscitario a todos los efectivos de la institución armada, para demostrar una vez más que en Colombia es factible la práctica de la legalidad cuando los sectores integran-

tes de la nación, sus dirigentes, sus trabajadores, sus juventudes y sus soldados concurren a la empresa de salvar la tradición democrática y el patrimonio espiritual y moral de la común heredad", dijo recientemente el señor Ministro de Guerra.

Después de las anteriores consideraciones, será posible que los escépticos se aferren a su pesimismo intransigente que a manera de poderosa red anula los movimientos, invalida energías, posterga urgentes realizaciones, o, por el contrario aquellos deben sumarse al número cada vez mayor de quienes estimulados por los últimos acontecimientos escrutan sin temor el porvenir...? Hemos merecido la confianza general gracias a nuestra independencia en las contiendas de los partidos y salta a la vista que día a día aumenta el respaldo de nuestros conciudadanos, a pesar de incidentes que por conocidos no necesitan comentarios.

Las Fuerzas Militares, "brazo armado de la Constitución", han cumplido una vez más con su deber, poniendo en su labor abnegación y sentimiento, sin que se pueda tachar a uno solo de sus integrantes de intromisión abusiva en los asuntos atinentes a los grupos o fracciones.

Mientras que en países suficientemente conocidos se estrangula la libertad y se niega al individuo el más sagrado de los derechos, o cuando más, se le permite un triste remedo de las justas democráticas, nuestra patria se agiganta y se coloca en el concierto de las naciones al nivel de las más avanzadas en materia electoral.

Es satisfactorio contemplar a millares de ciudadanos consagrar vidas y esfuerzos en defensa de los valores espirituales, en una época dominada por las preocupaciones de orden eminentemente material. Es la prolongación de tiempos caballerescos por quienes sirven lealmente a la república, desde la cáte-

dra, la oficina, el taller, la máquina, el surco o el cuartel; porque a pesar de todo, hay todavía caballeros andantes de brazo fuerte y alargadas lanzas, que empuñan las banderas del ideal, ofician en los altares de la libertad, aman el pedazo de suelo donde nacieron y creen en Dios única razón valdera de cuanto ha sido y ha de ser.

Al pregonar una vez más esta victoria indiscutible del pueblo colombiano saludamos con alborozo el nuevo día que ya se anuncia y renovamos la promesa de ser fieles guardianes de la heredad. Nuestra razón de ser, nuestros programas están fundamentados en los artículos de la Constitución y nuestra norma de conducta, adivinada con antelación de varios lustros por el Libertador Simón Bolívar, descrita está en la famosa carta dirigida al Doctor Pedro Gual el 9 de febrero de 1815: "Yo sigo la gloriosa carrera de las armas solo por obtener el honor que ellas dan; por libertar a mi patria y por merecer la bendición de los pueblos".

Coronel Guillermo Plazas Olarte,
Oficial de Infantería.